
TEORÍA DE LA HISTORIA Y CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS. UN ESBOZO DE ARGUMENTACIONES Y ACOTACIONES.

ENRIQUE MORADIELLOS

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

ACADÉMICO DE LA RAH

El presente texto tiene un carácter meramente exploratorio y tentativo, basándose en previos trabajos del autor sobre estas temáticas. En principio, tenía como destinatario a los alumnos matriculados en las jornadas de Historiografía que iban a celebrarse en el campus de Cáceres de la Universidad de Extremadura en la Primavera de 2020, suspendidas en virtud de la emergencia sanitaria todavía en curso. Por necesidades administrativas, se ofrecen aquí en su formato de esbozo inicial y provisional, muy lejos de constituir un texto definitivo y actualizado a la fecha actual.

A finales de 1979, el historiador británico Lawrence Stone publicó en la revista Past and Present un influyente artículo sobre el estado de la historiografía occidental titulado "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones sobre una nueva historia vieja". En el mismo, Stone apreciaba la existencia de síntomas inequívocos de agotamiento en los tres tipos de "historia científica" que hasta entonces habían servido como modelos regulativos (y contendientes) de la práctica historiográfica más vanguardista: el paradigma económico-social de inspiración marxista, el proyecto ecológico-demográfico de la revista francesa Annales, y la metodología cliométrica de origen estadounidense. La razón de ese agotamiento simultáneo parecía ser la común incapacidad para producir su pretendida "explicación coherente y científica del cambio histórico"; entre otras cosas porque el cuantitativismo y el determinismo económico o geo-malthusiano habían desatendido las dimensiones políticas, culturales e ideológicas que operaban activamente en la dinámica histórica de las sociedades humanas. En esas condiciones, Stone señalaba la aparición de una "nueva historia" (la tercera en lo que va de siglo) alejada de los "enfoques analíticos y

estructurales", cuyo uso de los modos narrativos e interés por las temáticas políticas y culturales le acercaba a la historia tradicional que "el grueso de la profesión" siempre había seguido practicando a pesar de las vanguardias antedichas. Esta inversión de tendencias en el seno de la historiografía occidental es lo que conceptuaba como "el resurgimiento de la narrativa", aun reconociendo que traducía procesos mucho más amplios y profundos:

Hay síntomas de cambio en el tema central de la historia: de las circunstancias que rodean al hombre a la consideración del hombre en sus circunstancias; cambio en los problemas estudiados: de lo económico y demográfico a lo cultural y emocional; cambio en las fuentes principales de influencia: de la sociología, economía y demografía a la antropología y psicología; cambio en el sujeto: del grupo al individuo; cambio en los modelos explicativos de la mutación histórica: de lo estratificado y unicausal a lo interconectado y multicausal; cambio en la metodología: de la cuantificación de grupo al ejemplo individual; cambio en la organización: de lo analítico a lo descriptivo; y cambio en la categorización del papel del historiador: de lo científico a lo literario (1).

La evolución de la historiografía occidental a lo largo del pasado decenio parece corroborar sin duda alguna el diagnóstico y pronóstico avanzado por el artículo de Lawrence Stone. Al lado de la inveterada corriente de historia política e intelectual de tipo tradicional (esto es: heredera de la tradición decimonónica que surge con Niebuhr y Ranke), ha florecido una "nueva historia" que refleja heterogéneamente los cambios apuntados y supone la demostración más palpable de la pérdida de influencia de los tres modelos regulativos científicos entre las supuestas vanguardias del gremio historiográfico.

La crisis de la práctica histórica de inspiración marxiana se manifiesta en la propia revisión y trituración que sus mejores cultivadores han ejecutado sobre sus postulados teóricos (abandono de la problemática de los modos de producción y de sus leyes de funcionamiento, transformación y sucesión, de las categorías de "base" y "superestructura", de la noción de "clase" como agente histórico operativo, etc.). Otro tanto parece haber sucedido con los historiadores cliométricos, una vez reconocidos sus casi insolubles problemas de contrastación y verificación de resultados y su forzada renuncia al estatuto de única práctica historiográfica "científica" y, como tal, verdadera y necesaria.

Pero, sin duda, es en el seno de la escuela de Annales donde el agotamiento se presenta más patente e incontestable. Basta comprobar la evolución de dos de sus figuras paradigmáticas: Emmanuel Le Roy Ladurie y Georges Duby. El primero fue autor (1973) de aforismos tan memorables como "el historiador de mañana será programador (de computadoras) o no será nada" y "(la cuantificación) ha condenado virtualmente a muerte la historia narrativa de acontecimientos y la biografía individual". Y sin embargo, poco después publicaría su Montaillou, un retrato de lectura amena y popular sobre la vida, la moral y las costumbres en una aldea occitana del siglo XIV; y recientemente (1987) El estado real, una historia de Francia en los siglos XV y XVI muy bien ilustrada, en gran medida narrativa y vertebrada sobre los sucesivos monarcas de la casa Valois y Borbón. Por su parte, el mismo Duby que había escrito una canónica monografía sobre la economía y sociedad de la alta y plena Edad Media (Guerreros y campesinos, 1973) ha devenido en prolífico autor de auténticas obras maestras de la "nueva historia": El caballero, la mujer y el cura (1981), un estudio sobre el matrimonio feudal, y la breve y enjundiosa biografía de Guillermo el mariscal (1987). De hecho, la casi totalidad de los historiadores de Annales han renegado del proyecto braudeliano de una "historia total" estructurada en planos y tiempos diferentes en beneficio de una suerte de antropología retrospectiva multifacética y heterogénea, que se presenta bajo la rúbrica discutible y dudosa de "historia de las mentalidades" en su pretensión de no ser una "historia de la cultura popular" ni una "historia del pensamiento y las representaciones ideológicas colectivas". Bastan las siguientes cifras para confirmarlo: los artículos en Annales de temática cultural pasaron de representar el 10,4% en su primera época (1929-1945) hasta significar el 35% en el período 1975-1984 (mientras, los de temática económica descendieron del 57,8 al 19%, y los de social del 26,2 al 24%) (2).

El curso reciente de la historiografía francesa ha tenido su reflejo análogo en la evolución de las restantes historiografías occidentales, con mayor o menor intensidad. En todas partes, la práctica histórica ha conocido una ampliación ilimitada de sus áreas de interés hacia asuntos y aspectos antes desconocidos o subvalorados, en perjuicio de la clásica temática política, diplomática, militar, intelectual, económica o social; por todas partes se aprecia un deslizamiento notorio del discurso histórico hacia modos narrativos y descriptivos tejidos sobre acontecimientos particulares, en detrimento de los modos analíticos volcados sobre las estructuras y plazos temporales largos; y en casi todos los casos, esos desplazamientos se acompañan de una promoción del enfoque centrado en la individuación del sujeto histórico y su experiencia vital y cotidiana, con abandono o merma del enfoque colectivo, público y oficial.

La generalidad de los fenómenos citados ha corrido paralela a la extensión de unos nuevos postulados teóricos, ontológicos y gnoseológicos, explícitos e implícitos, que pretendían argumentar y legitimar la nítida inversión operada respecto a la tradición historiográfica previa. El núcleo de toda su argumentación podría establecerse escuetamente sin hacer violencia excesiva de las diferentes formulaciones: la propia realidad sobre la que se escribe la historia, al igual que la realidad de nuestros días, carece de estructura, es amorfa, heterogénea, asistemática, multifacética y se escapa a toda conceptualización y representación bajo paradigmas deterministas y vertebradores como los que ofrecían los modelos regulativos cientifistas e ideológicos; en consecuencia, sólo caben relatos históricos diferentes y paralelos sobre las ilimitadas partes de esa realidad atomizada (sin conexión entre sus partes), que desafía la vertebración de una "historia total" y sólo permite una multitud de historias que serán todas igualmente válidas y pertinentes.

Como puede sospecharse, esos postulados ontológicos y gnoseológicos derivan del llamado "pensamiento débil" de la "postmodernidad", muy extendido en las sociedades industriales avanzadas y cuyo impacto sobre los historiadores ha sido enorme, como habremos de ver posteriormente por extenso. De momento, bastará demostrar el arraigo de los mismos entre los practicantes de la "nueva historia" mediante una breve selección de citas que bien hubieran podido proceder de todos los ámbitos geográficos occidentales y de todas las especialidades existentes dentro del gremio de historiadores. Así, por ejemplo, Jacques Le Goff y Pierre Nora, prohombres del grupo "annalista", enunciaron tesis similares en 1974 sin rodeos: "el dominio histórico no tiene límites". Y en el mismo prólogo de una obra colectiva añadían que ésta "invoca el desmenuzamiento actual de la historia y toma conciencia de la coexistencia de tipos de historia igualmente válidos". Paul Veyne corroboró esa idea al subrayar: "Todo acontecimiento es digno de la historia". Y otra vez Pierre Nora definió con precisión la consecuencia para la disciplina de tales premisas: "Vivimos una historia en migajas, ecléctica, abierta a curiosidades que no hay que rechazar". Más recientemente, en el ámbito británico, Juliet Gardiner reiteró la tesis de que "el campo propio de la investigación histórica se extiende desde las constituciones hasta las falsificaciones, desde la magia hasta la menstruación" (3).

La subsecuente fragmentación de la praxis histórica que estas posiciones teóricas alimentaron (y reflejaron) provocó desde el principio un hondo debate y una verdadera crisis de identidad en la

disciplina. No todos los profesionales de la historia, ni mucho menos, compartieron esas tesis ontológicas y gnoseológicas ni aceptaron sus implicaciones prácticas del "todo vale" y "todo es historiable con idéntica propiedad". Desde luego, los historiadores más tradicionales y los continuadores de la tríada científica desplazada mantuvieron sus perspectivas y resistieron el embate relativista y asistemático con notorio éxito. Incluso dentro de las filas de quienes secundaron el programa de apertura temática ilimitada hubo negativas a aceptar que todas las facetas de la realidad fueran dignas de ser historiadas con igual justificación y en compartimentos autónomos e inconexos (caso de Duby). No en vano, los detractores de esa apertura ilimitada podían señalar que, de hecho, muchos de sus productos novedosos en nada se diferenciaban de las múltiples historias triviales que siempre habían florecido al lado de la producción elaborada por la disciplina académica histórica: las crónicas locales y familiares, las historias sobre muebles antiguos, viejas locomotoras, cosechadoras, armas, aviones e instrumentos diversos, equipos deportivos, festivales laicos y religiosos, restaurantes y menús de cocina, vestidos, sombreros y abalorios, etc.

En cualquier caso, todo parece indicar que en los últimos años el debate gremial sobre los efectos de la "nueva historia" se ha intensificado enormemente. Las filas de los detractores han engrosado a medida que se generalizaba la idea de hallarse ante una "crisis de la disciplina" de naturaleza radical. En pocas palabras: las nuevas prácticas históricas planteaban el riesgo de disolución irreversible de la tradición historiográfica científico-humanista que había cristalizado en el siglo XIX, en la medida en que derrumbaba sus fundamentos teóricos básicos y los procedimientos y convenciones operativas acumuladas por la praxis profesional. ¿Qué fundamentos y procedimientos? Por ejemplo, el principio de causalidad inmanente en la explicación de procesos históricos, que anulaba la posible consideración del desarrollo de un aspecto de la realidad como proceso autónomo (esto es: conteniendo en sí mismo la razón de su propia evolución). Por ejemplo, el axioma de verificabilidad material suprasubjetiva de las pruebas que sustentan una proposición histórica, como único modo posible de discriminar su carácter ficticio o verdadero en términos gnoseológicos.

De hecho, durante los últimos años, la "nueva historia" se ha visto sometida a una poderosa oleada de críticas que partían de la defensa de esos principios constitutivos de la disciplina histórica. Tal puede ser el caso de la denuncia de Gertrude Himmelfarb contra la psichistoria, por su reduccionismo de todas las categorías explicativas del proceso histórico a términos psicológicos, que además son imposibles de

verificar y contrastar. El blanco de la crítica de Himmelfarb lo constituyen obras como la de Rudolph Binion, que pretendía enlazar el Holocausto y el uso específico de la cámara de gas al tratamiento que un médico judío (el doctor Bloch) había administrado a la madre de Hitler enferma de cáncer. A tenor de ese autor, "el continuum psicológico" del antisemitismo de Hitler (y su trato a los judíos) quedaría resumido así:

... la inútil operación quirúrgica aplicada sobre el cáncer de su madre (el programa de expulsión), cediendo el paso a la representación de su muerte como homicidio compasivo (el programa de eutanasia), y esto deviniendo a su vez en la venganza de Hitler contra Bloch (la SoluciónFinal).

Igual blanco lo representa la biografía de Erik Erikson sobre Lutero, cuya rebelión contra el Papa (la Reforma) se enlaza con la rebelión previa contra su padre durante su "crisis de identidad" juvenil. Pero no sólo la psichistoria es objeto de la crítica de Himmelfarb. También lo es aquella corriente novedosa de historia social que prescinde de la vida política como irrelevante para entender el devenir de las sociedades y permite hacer afirmaciones como la siguiente sin ánimo metafórico: "Mickey Mouse puede que sea de hecho más importante para comprender la década de los años treinta (en Estados Unidos) que el presidente Franklin Roosevelt" (4). Y en un sentido similar podría aducirse la crítica de David Cannadine contra la creciente "historia de la vida privada" trivializada, plagada de generalidades vagas y que prescinde de toda referencia y conexión con marcos socio-económicos generales, olvidando que por definición la vida "privada" de los individuos es mayormente incognoscible e insondable y sólo cabe apreciar sus manifestaciones externas, conductuales y "públicas". Ante este panorama, no es de extrañar la caracterización pesimista que de la "nueva historia" ha dado Robert Darnton: "atestada de curiosidades..., aderezada convenientemente para ser sensacional y mermada en entidad para ser accesible" (5).

La llamada "crisis de la disciplina" por disolución atomista del campo histórico y trivialidad temática es una de las facetas más notables del debate historiográfico en curso en el mundo occidental. Pero no es el único ni, probablemente, el más importante y decisivo. Porque en paralelo con ella se ha abierto una llamada "crisis cognitiva" que impugna la posibilidad de todo tipo de conocimiento histórico, ya sea de naturaleza trivial o importante. Y esta impugnación de la posibilidad de conocimiento histórico no deja

de ser una variante de la negación y puesta en duda de todo conocimiento racional y determinista-causalista ofrecido por las ciencias. Aquí la influencia del "pensamiento débil postmoderno" es manifiesta y determinante, aunque debe señalarse que sus efectos se han hecho sentir esencialmente sobre la disciplina de historia intelectual, la más proclive por su propia naturaleza a reflexionar teóricamente sobre su actividad y campo temático. En las restantes disciplinas históricas, el inveterado empirismo, la pereza intelectual y la aversión por la teoría han permitido continuar su plurivalente práctica sin demasiada preocupación por el asunto, aun cuando de facto les afectase, como hemos visto y veremos, el cambio de clima y textura intelectual propiciado por la postmodernidad.

Precisamente, fue en el ámbito de la historia intelectual donde comenzaron a hacer mella las corrientes filosóficas de orientación lingüística que destruían los fundamentos racionales y operativos sobre los que se apoyaba la práctica histórica desde principios del siglo XIX. Y en este proceso, parece indudable que la influencia y responsabilidad suprema ha correspondido a Jacques Derrida y su "estrategia general de deconstrucción" como método de lectura de textos lingüísticos.

En esencia, la deconstrucción es un procedimiento de lectura textual que pretende descomponer las estructuras lingüísticas que sostienen el discurso escrito como racional y coherente, revelando las antinomias, contradicciones, disonancias y faltas de sentido unívoco que están presentes en el llamado plano "literal" tanto como en el metafórico. De ese modo, se hace imposible la determinación del significado del texto en cuestión, porque éste resulta incapaz de transmitir su mensaje sin incertidumbre y coexisten múltiples lecturas en conflicto del mismo y todas totalmente legítimas. Y la razón de esa incertidumbre esencial estriba en que el signo lingüístico es arbitrario, es una "institución inmotivada" y no guarda ninguna relación necesaria ni natural con lo que pretende significar. Por tanto, el sentido del signo es siempre ambiguo y siempre será imposible decidir con certeza su significado (tesis de la "indecibilidad" del sentido del signo). De ahí se deriva, a efectos de crítica literaria y todo tipo de lectura textual, la imposibilidad de buscar el sentido del texto, su interpretación adecuada y la "intención" de su autor, porque no existen y porque, si existieran, serían incognoscibles, indecibles e imposibles de verificar.

Como complemento de esta tesis gnoseológica sobre la imposibilidad de conocer con certeza, de obtener verdades, de interpretar con seguridad un texto, Derrida sostiene una tesis ontológica del mismo carácter negativo: pensamos y vivimos con signos y no hay esfera conocida de la actividad humana "fuera" del lenguaje y la praxis lingüística. Sencillamente, no hay manera extralingüística de determinar si el mundo tiene una naturaleza estable o consistente que la lengua pueda reflejar. El deseo de encontrar un "fuera" del texto es un proyecto metafísico por antonomasia: es la metafísica del "logocentrismo" que estaría sosteniendo todo el pensamiento racionalista y causalista occidental. No hay "fuera" del texto porque "texto" y "contexto" son igualmente "textuales" de arriba abajo: al igual que los signos sólo se refieren a otros signos, los textos sólo pueden referirse a otros textos, generando así la tela de araña infinita que es la intertextualidad (6).

En su conjunto, y al margen de su virtualidad crítico-literaria, la deconstrucción derridiana es una forma de duda nihilista (más que escéptica) que "significa la reintroducción de un grado de desorden y desorientación en el pensamiento occidental" (Henning). Y en este sentido, cabe situarla como un eslabón más en la tradición intelectual del "pensamiento negativo" que arranca de la crítica de Nietzsche a la racionalidad y al pensamiento científico. De hecho, una gran parte de los topos postmodernos tienen su origen y forma más radical en el nihilismo y solipsismo que caracterizan la obra de Nietzsche. Así, por ejemplo, el rechazo de este pensador a la razón científica llevaba pareja una crítica de la noción de "verdad" que la equiparaba a la ficción poética y literaria. Y puesto que todo lo mundano carecía de estructura racional y racionalizable, lo único que restaba era la "vida", lo fluyente, concreto y espontáneo, donde no había sentido vectorial ni progreso, donde todo era siempre lo mismo: el eterno retorno. Y dado que todo era ficción e intuición vital, puesto que nada había estable y duradero ("Conocimiento y devenir se excluyen"), sólo quedaba el ingenio y el placer estético, el deleite en el arte y la palabra: un juego en el que se va la vida del hombre y en el que Nietzsche llegó a su locura apacible.

La vida y obra de Nietzsche es el ejemplo más consecuente de la tesis nihilista de que "nada hay, nada tiene valor y nada es conocido", y su complementario solipsismo radical: "sólo existe y sólo puede ser conocido el propio yo". En la actualidad, el pensamiento negativo se ha metamorfoseado en postmoderno y se mantiene en planos menos radicales y extremados, salvando casos particulares. El llamado "pensamiento débil" tiende más al escepticismo metódico y promueve un relativismo sistemático. Consistiría, en palabras de Savater, en un "dudar de la absoluta necesidad del texto establecido del

mundo", "hallar fallos en el tejido de la realidad" y "llevar las contradicciones de la llamada sabiduría occidental hasta su punto más alto". Y en su pretensión de reducir el valor de la verdad científica, de reintroducir el azar y romper la categoría de causalidad ("piedra angular" de la racionalidad), invoca como demostración palpable (si es que fuera necesario) el principio de indeterminación exigido por el desarrollo de la física cuántica. Paul Feyerabend podría considerarse un paladín precoz de esta tendencia filosófica con sus trabajos "sobre el desarrollo de las ciencias y de las artes y la posible identidad de ambas" (1968) y Contra el método (1970). En estas circunstancias, no sorprende que actualmente Gianni Vattimo predique para la postmodernidad "un pensamiento capaz de articularse (y, en consecuencia, razonar) a media luz", un "pensamiento débil" capaz de "abrirse a una concepción no metafísica de la verdad, que la interprete, no tanto partiendo del modelo positivo del saber científico ... como partiendo de la experiencia del arte y del modelo de la retórica, por ejemplo" (7).

En definitiva, la propuesta postmoderna significa para la historiografía una recomendación de abandono de sus ilusiones científicas, de su denodado esfuerzo baldío por generar un conocimiento racional, causal y "verdadero". Ante todo porque la realidad es tan múltiple, tan devenir inasible e inefable, que lo impediría:

... no hay una historia única, hay imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que haya un punto de vista supremo, comprensivo, capaz de unificar todos los restantes (tal sería el de "la historia" que englobaría a la historia del arte, de la literatura, de las guerras, de la sexualidad, etc.)

Y en segundo lugar porque el conocimiento científico que pudiera obtenerse tendría el mismo valor (o invalidez) que otro tipo de conocimientos, como pudiera ser el poético. En estas condiciones, a la historia sólo le quedaría como recurso la vuelta a los orígenes: desandar el camino andado desde Niebuhr y Ranke y reencontrarse con la historia literaria de origen clásico, la que proporcionaba bellas narraciones y útiles modelos para el estudio y la práctica de la retórica, la que instruía deleitando sobre las cosas de la vida y de los hombres. Y la propuesta, no cabe duda, ha cuajado en mayor o menor medida (consciente o inconscientemente) en el gremio profesional, como reconoce el propio Vattimo al señalar "el éxito reciente que en los debates de historiadores y sociólogos han conquistado la noción de narratividad y la investigación sobre los modelos retóricos y narratológicos en la historiografía" (8).

A nuestro leal saber y entender, estas ideas propias del pensamiento débil son las que están operando detrás de la floración temática y atomizada de la "nueva historia" actual. Si ya no hay criterios para determinar qué es importante y qué no lo es en la realidad (y por tanto en el relato sobre ella); si han desaparecido o se debilitado enormemente las diferencias entre "verdad" y "ficción"; si la explicación causal y determinista es tan discutible y arbitraria como una descripción azarosa: ¿por qué no considerar historiable cualquier aspecto de la realidad y seguir su curso autónomo durante un período temporal? Y así la nueva historia ofrece productos donde se muestra la variedad curiosa, infinita, sorprendente, variopinta, multifacética, heterogénea, contradictoria, desorganizada y colorista de la vida y experiencia humana en todo tiempo y lugar. ¿Y ello para qué? Para instruir deleitando con una buena narración; para entretener al lector con un divertimento propio de las gentes cultas y con interés por la historia. En definitiva, la historia y los historiadores se redimirían en la postmodernidad creando arte, proporcionando puro placer estético y literario, explotando el hondo poder evocativo de los tiempos pasados que puede activar la imaginación y narración histórica.

Quizá pudiera parecer que el panorama hasta aquí expuesto peca por extremista y presenta una caricatura de lo que es y hace la mayor parte de la "nueva historia". Y en gran medida es así, porque el hondo y atávico racionalismo empirista de los historiadores les ha impedido llegar en la práctica al más extremo escepticismo y relativismo. Pero ello no invalida el hecho de que esas formulaciones teóricas son las que están conociendo mayor expansión y mayor aceptación, avaladas como están por el tinte del progresismo postmodernista. Y a lo que parece, ello estaría sucediendo incluso en España, que hasta ahora había quedado inmune al fenómeno (9). Sólo este hecho, ya justificaría el toque de alarma que se está dando en toda la historiografía occidental y de la que este escrito quiere hacerse eco. Aún más, ya se ha producido el caso esperable y esperado de un gran historiador que decide poner en práctica las tesis postmodernas y escribir un relato elegante y colorista donde ficción y "verdad" (?) se entretujan sin distinción; donde la pluralidad de puntos de vista destruye la unicidad del curso histórico; donde desaparecen por innecesarias las convenciones operativas gremiales (cita de fuentes para posibilitar la verificación y comprobación de las afirmaciones, aparato crítico y bibliográfico para demostrar la familiaridad con el conocimiento acumulado sobre un tema, respeto a la significación temporal para evitar el anacronismo y ucronía, etc.). Ese es el caso del último libro de "historia" (?) de Simon Schama: Dead Certainties (Unwarranted Speculations) (Certidumbres muertas: especulaciones sin garantía).

El historiador Simon Schama (Londres, 1945) es un magistral exponente de la mejor historiografía británica y anglosajona. Cursó estudios en Cambridge, fue docente en esa Universidad y en la de Oxford, y actualmente es catedrático en la Universidad de Harvard. Tiene en su rico haber obras de formato y contenido perfectamente académicos y clásicos, en las que siempre hubo buena narrativa: un aclamado estudio sobre la formación de la Holanda contemporánea (*Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands, 1780-1813*, publicado en 1977); un relato sobre la contribución de Edmund y James de Rothschild a la creación de la comunidad judía en Palestina (*Two Rothschilds and the Land of Israel*, 1978); una panorámica "puntillista" de la sociedad holandesa en el siglo XVII (*The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, 1987); y un celebrado y popularísimo retrato de varios personajes que participaron en la Revolución Francesa de 1789 (*Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, 1989).

Sin embargo, *Dead Certainties* (1991) ya no pertenece a esa misma categoría de obras históricas. La primera parte, titulada "Las muchas muertes del general Wolfe", contiene entremezclados varios relatos contradictorios sobre el final del héroe británico que derrotó a los franceses en Quebec en 1759. La segunda parte se titula "La muerte de un hombre de Harvard" y recoge varios testimonios, documentos y escritos sobre un caso judicial histórico: el proceso, condena y ejecución de un profesor de química de Harvard acusado del asesinato de un hacendado y prestamista en 1849. ¿Qué tiene todo ello de particular? El hecho de que la narrativa entreteje la documentación histórica y la ficción sin diferencia: Schama ha empleado conjuntamente y sin discriminar documentos de la época y relatos interpolados o inventados por completo; además ha renunciado a cualquier cita o referencia que permitiera localizar y verificar los textos utilizados; y por último hace uso de todos los recursos expresivos de la técnica novelística (el monólogo interior, el deslizamiento del pensamiento de un personaje al de otro, y la narración en tercera persona). En el final "abierto" de la obra, el lector prácticamente puede escoger el tipo de muerte del general Wolfe y la culpabilidad o inocencia del profesor de química, puesto que el autor renuncia a decidir tales asuntos (10).

Si la última obra de Schama fuera una mera "novela histórica", no habría lugar para ella en este artículo. Y aunque Schama concede que no es "historia" a pesar de que "a veces parece observar las convenciones

discursivas de la historia", sigue en pie el problema de su relación con la disciplina. De hecho, Dead Certainties, por la calidad de su autor y por los temas que remueve en su contenido (la multiplicidad de puntos de vista igualmente legítimos ante un asunto histórico y la incertidumbre de la "verdad"), ejemplifica perfectamente el riesgo letal que tiene para la historia profesional el discurso postmodernista. Es un magnífico ejercicio de belleza narrativa, poder de evocación y entretenimiento estético. ¿Pero cabe considerarla como un modelo orientativo para la historiografía? ¿Acaso no hay otras actividades mucho más fructíferas y mejor preparadas para obtener esos mismos resultados triplicados? Por ejemplo, la mera novela histórica verosímil y sin pretensiones de "verdad", las artes pictóricas cuando son figurativas, el cine, el "docu-drama" televisivo y la propia música. Y puesto que ello es así y no hay modo de competir ¿no significaría ese modelo la muerte misma, el final, de la disciplina histórica tal y como está constituida desde su cristalización a principios del siglo XIX? Porque lo cierto es que la historia profesional, por mucho que mejorase su narrativa y estilo e incorporase fotos y dibujos en sus productos, seguiría estando en franca desventaja frente a la literatura, la pintura y el cine para evocar situaciones pretéritas, generar placer estético y hacer "revivir" el pasado cotidiano e íntimo en su inmediatez. Sobre todo si pretendiera seguir hablando de hechos y personas "verdaderas", que no fueran meros entes de ficción arbitraria, ateniéndose a lo comprobable y verificable con pruebas y que fuera coherente con otros relatos y el conocimiento acumulado sobre el asunto. Unos breves ejemplos: ¿Qué obra histórica sobre la Restauración postnapoleónica de 1815 podría reactualizar el ambiente de la época mejor que las peripecias vitales de Julián Sorel en Rojo y Negro? ¿Podría haber un historiador del Renacimiento italiano que se atreviera a hacer una biografía de algún personaje que emulara la vivacidad, intensidad y penetración del duque de Bomarzo inventado por Múgica Láinez? ¿No sería un suicida el historiador asturiano que quisiera reflejar la vida cotidiana en el Oviedo de la Restauración decimonónica con la intención de superar el friso que trazó Clarín en La Regenta? ¿Podría haber algún relato historiográfico que nos presentara al obispo ovetense Martínez Vigil con la misma intensidad e introspección con la que Clarín nos descubre al Magistral de Vetusta, un ente de ficción cuya figura para nada exige pruebas verificables?

Ante el desatino imposible que plantea el proyecto postmodernista, no parece que quepa más remedio que defender los fundamentos gnoseológicos y ontológicos de la disciplina o renegar consecuentemente de la misma sin ambages. Por eso se hace tanto más necesario afirmar y argumentar el carácter de Ciencia Humana que tiene (o puede tener) la Historia académica y profesional. Porque sólo así podría justificarse,

lógica y pragmáticamente, su continuidad como tradición gremial necesaria para la sociedad y la cultura humana.

Cabría empezar recordando que las Ciencias son una actividad constructiva que produce un tipo particular de conocimiento crítico-racional, organizado, sistematizado y desarrollado históricamente; el cual se diferencia de otros tipos de conocimiento como el mágico, religioso, tecnológico o artístico. En el orden genético, las ciencias se constituyen a partir de técnicas y actividades artesanales sobre campos de la realidad material (física, corpórea) que son delimitados pragmática y operativamente (al modo como la agrimensura egipcia posibilitó el surgimiento de la geometría, los métodos de administración e intercambio comercial permitieron la aritmética, o las técnicas constructivas y la balística fundamentaron la mecánica física) (11).

Dentro de esos campos (categorías de la realidad de las que se segregan los contenidos no pertinentes para sus operaciones: el color para la mecánica, por ejemplo), las ciencias aparecen como una institución de trabajo social sobre un material recurrente y abierto: son un método de explotación de ese material (12). Dentro de ese campo material, la actividad científica va acotando términos mediante operaciones y estableciendo relaciones entre los mismos, de modo que van definiéndose proposiciones y conceptos y construyéndose "verdades", identidades sintéticas materiales que se producen mediante la confluencia entre cursos operatorios de distintos sujetos gnoseológicos (los científicos). Y toda esa actividad y sus resultados (que son los constitutivos de la propia racionalidad científica) se fundan sobre un principio realista y semántico irrecusable: la necesidad de contar con referentes materiales específicos sobre los que apoyar su discurso lingüístico (para confirmarlo o desmentirlo). Verum est factum: la razón es construcción. Y ello presupone que el lenguaje científico, en terminología de Frege, no sólo tenga sentido (relación de una expresión con otra) sino también referencia (relación de una expresión a un objeto o conjunto de objetos).

Es evidente que las ciencias constituidas no proporcionan, ni tienen porqué hacerlo, una sabiduría total o absoluta sobre "la Realidad". Permiten conocer aspectos de ella sin remontarse más allá de sus campos ni cubrir el ámbito de la ontología o pregunta por el Ser. Por el contrario, la condición de posibilidad de las ciencias particulares es su renuncia a llegar a los límites de esa pregunta, a tratar de regresar a las

supuestas esencias o progresar hasta el infinito donde todo se confundiría con todo. Esos no son ni pueden ser campos científicos, sino el ámbito propio de la reflexión filosófica ontológica. Las ciencias actúan in media res, acotando un espacio de trabajo dentro de esa realidad a partir de unos principios axiomáticos operativos que no pueden ni quieren trascender porque les llevaría fuera de su campo de actividad. Y dentro de ese campo categorial, la racionalidad científica se desenvuelve y explora su propia virtualidad.

Precisamente, el principio semántico es básico e incuestionable en la actividad científica: tiene que haber referente material para verificar empíricamente las proposiciones sintácticas y éstas no pueden ser una creación o producción del propio pensamiento. De igual modo, tiene que darse el llamado principio determinista genético (o de no-magia), según el cual cualquier cosa y acontecimiento emergen en condiciones previas. Ambos son presupuestos necesarios de la investigación científica (aunque puedan ser y sean cuestionados por la reflexión meta-categorial, ontológica y gnoseológica, como parte de su tarea crítica). Y ello porque la investigación carecería de sentido si supusiéramos que las cosas se producen arbitrariamente y por capricho y no existe entre ellas ninguna relación o conexión (causal o estocástica) cognoscible con alguna probabilidad (13). Tales principios pueden no ser "verdaderos" en sentido gnoseológico por indemostrables, pero tampoco son ilusorios, ficticios y arbitrarios, porque son principios de operatividad pragmática de las ciencias sin los cuales todo el edificio de la civilización y cultura humana se derrumbaría: así, la Geometría supone que hay puntos, líneas y planos, del mismo modo que la física mecánica admite como evidente el principio de inercia y no trata de remontarse al motivo último del mismo.

En el marco de esta teoría de las ciencias, la razón de la división pertinente entre ciencias naturales/formales y ciencias humanas o sociales se encontraría en los recursos operatorios diferentes que ambas utilizan en la explotación de sus campos. Así, en el seno de las ciencias naturales es factible la neutralización del sujeto gnoseológico dentro de su campo categorial. El hombre, considerado como sólido grave o conjunto de moléculas orgánicas, no es sujeto que realiza operaciones. Por tanto, dentro de estas ciencias, las relaciones se establecen por contigüidad en sentido físico y el sujeto puede ser eliminado totalmente del campo de estas disciplinas: las rocas, los árboles o los números no realizan operaciones. Y esa eliminación de sujetos operatorios permite que las verdades de estas ciencias posean un estatuto gnoseológico particular dado su carácter necesario y objetivo.

Ahora bien, en los campos de las ciencias humanas aparecen sujetos que realizan operaciones: los sujetos pretéritos en historia, el hablante en lingüística, el productor o consumidor en economía, etc (14). En estas ciencias, las relaciones de contigüidad física no son pertinentes a la hora de dar cuenta de las conductas de los sujetos y esas operaciones tienen que explicarse por semejanza operatoria entre dos sujetos (el estudioso y el estudiado) que están distanciados temporal y espacialmente. El investigador de las ciencias humanas tiene, pues, que explicar las operaciones realizadas por los sujetos a quienes estudia mediante la reproducción o reactualización analógica de esas mismas operaciones. Y en esta imposibilidad de eliminar y neutralizar las operaciones del sujeto del campo categorial reside el llamado "subjetivismo" de las ciencias humanas y el menor estatuto gnoseológico de las verdades alcanzadas por esta metodología.

La Historia, desde principios del siglo XIX, con la labor de la escuela histórica germana, quedó constituida como una de las ciencias humanas en el sentido antedicho. Previamente hubo sin duda una actividad llamada "historia" e "historiadores". Pero hay una diferencia de grado, cualitativa, entre el género literario y narrativo que desde Heródoto escribe "sobre las cosas del pasado" y la práctica del gremio profesional que surge y se consolida durante el siglo XIX en el mundo occidental (15).

Como tal ciencia humana, la Historia (mejor: las disciplinas históricas en plural) tiene un campo de trabajo peculiar que no es, ni puede ser, el "pasado". Y ello porque el pasado, por definición, no existe, es finito, perfecto acabado y como tal incognoscible científicamente porque no tiene presencia física material. De ahí deriva la imposibilidad radical de conocer el pasado tal y como realmente fue (en frase memorable de Ranke) y la consecuente incapacidad para alcanzar una verdad absoluta sobre cualquier suceso pretérito. Sin embargo, el campo de la Historia está constituido por aquellos restos y vestigios del pasado que perviven en nuestro presente en la forma de residuos materiales, huellas corpóreas, ceremonias; en una palabra: las reliquias del pasado. Estos residuos que permiten la presencia del pasado son el material sobre el que trabaja el historiador y con el que construye su historia: por ejemplo, una momia egipcia o una moneda romana que son tan presentes como nuestra propia corporeidad. Por tanto, sólo podrá haber conocimiento histórico de aquellos hechos, personas, acciones, procesos y estructuras de los que se

conserven señales y vestigios en nuestra propia dimensión temporal. En palabras de la tradición historiográfica: Quod non est in actis, non est in mundo.

Y el primer acto del historiador es descubrir, identificar y discriminar esas reliquias, que pasarán a ser las pruebas sobre las que levantará su relato, su construcción del pasado histórico. Y ese acto de identificación es posible porque el investigador es capaz de percibir esos residuos materiales como fabricados por hombres pretéritos y resultado de operaciones humanas. Y ello porque existe homogeneidad entre historiador y agente pretérito: ambos realizan operaciones análogas y similares en la forma de pensar, planificar, actuar, construir, destruir, etc. Tal homogeneidad es condición de posibilidad del conocimiento histórico, porque permite que el historiador utilice las reliquias como base de su relato mediante una metodología propia de las ciencias humanas, tratando de reactualizar las operaciones del agente (o agentes) cuyos restos estudia, atribuyéndoles una razón y propósito, dando cuenta de las circunstancias y acciones que pudieron haber conducido al surgimiento de ese residuo material. Por ejemplo, un historiador no podrá investigar, analizar y explicar un suceso (el golpe de estado de Napoleón en 1799), un proceso (la formación de la clase minera asturiana en el XIX) o una estructura (el sistema de partidos de la Segunda República), si desconoce lo que significan operativamente expresiones tales como "reunirse en secreto", "emigrar forzosamente del campo" o "sufrir los efectos del voto útil", conceptos que deberá extraer de la conciencia operatoria de su propio presente. Aquí reside el fundamento gnoseológico de la tesis de que toda historia es en realidad historia contemporánea.

En definitiva, y al contrario de lo que predicaba el positivismo y el empirismo, es evidente que la labor del historiador no es una mera descripción de los hechos del pasado, sino que es una construcción de un pasado histórico a partir de las reliquias, de las pruebas legadas por el pasado, mediante un método inferencial e interpretativo en el cual es imposible eliminar al propio sujeto gnoseológico. Y de ello surge la imposibilidad del investigador de prescindir de su sistema de valores filosóficos e ideológicos, de su experiencia política y social, de su grado de formación cultural. Pero esa irreductibilidad no conduce al puro escepticismo sobre el conocimiento del pasado. Porque si bien la labor interpretativa, hermenéutica, es esencial e imposible de neutralizar, el relato histórico del investigador no puede ser arbitrario sino justificado, apoyado y contrastado por las pruebas que existan al respecto. Por tanto, la "verdad" en Historia no se refiere al pasado en sí, que es incognoscible, sino a las reliquias que del mismo se preservan. Y la teoría interpretativa, el relato histórico, que más factible y verosímil parezca, de acuerdo

con las pruebas, será el que se considere verdadero. Y unos relatos serán más verdaderos que otros porque se fundamenten en un mayor número de pruebas verificables y resulten coherentes con el conocimiento acumulado por otras investigaciones.

Sobre la base de esas características gnoseológicas, la historia como disciplina científico humanista es tributaria de tres principios inexcusables que sólo comenzaron a observarse a partir de finales del siglo XVIII: 1) el principio de verificabilidad de las pruebas materiales que sirven de soporte a proposiciones científicas (y que es el origen de la convención que obliga a dar la referencia de todo documento o cita); 2) el principio de desarrollo inmanente y secular, a tenor del cual todo acontecimiento humano está conectado o determinado por otro precedente y emerge de condiciones previas, descartando la intervención de causas exógenas (como la providencia divina o los astros) y el puro azar; y 3) el principio de significación temporal, que hace de la cronología un vector y factor de evolución irreversible y excluye cualquier anacronismo o ucronía en las interpretaciones y relatos históricos.

En resolución, la historia como disciplina académica pretende, puede y tiene que producir conocimiento científico y verdades históricas (no absolutas sobre el pasado) que tienen un estatuto gnoseológico y pragmático muy diferente al conocimiento poético, mágico o legendario. Precisamente, gracias a sus resultados sabemos y conocemos que Napoleón Bonaparte no es un ente de ficción arbitrario como Julián Sorel y que el Magistral de Vetusta no tiene el mismo valor y entidad histórica que el obispo Martínez Vigil. En virtud de sus investigaciones, podemos detectar el anacronismo (la imposibilidad) de que una película sobre Atila en el siglo V tenga como marcos ambientales arquitecturas románicas y góticas. Y mediante la aplicación de este racionalismo histórico fue posible que Petrarca descubriese una verdad negativa como la que estableció el carácter fraudulento del documento de la casa de Habsburgo donde Julio César les entregaba la jurisdicción sobre sus dominios austríacos: "¿Quién no aprecia cuán falso y ridículo es que Julio César se llame a sí mismo Augusto? Creí que todos los escolares sabían que ese título sólo comenzó a ser utilizado por primera vez por su sucesor" (16). Por tanto, parece evidente que la historia producida por la investigación gremial no es ni puede reducirse a ficción literaria. Y, en consecuencia, que su función en tanto que ciencia no puede reducirse a servir de entretenimiento, apoyo para el aprendizaje de la retórica o vehículo de ejercicios narrativos con poder de evocación placentera del pasado.

¿Cuál pudiera ser entonces la funcionalidad, la practicidad, de esta ciencia humana? Desde luego, hay que descartar que la historia permita "predecir" el futuro (en todo caso, "postdica" el pasado) o constituya una suerte de magistra vitae donde se contienen enseñanzas prácticas reproducibles en circunstancias históricas posteriores. La practicidad de la historia científico-humanista sólo puede ser de otro orden y apoyarse sobre una necesidad social y cultural diferente: la exigencia operativa de que todo grupo humano tenga conciencia de su pasado colectivo. Y ello porque los grupos humanos son por naturaleza heterogéneos y anómalos en su composición (porejemplo, contienen miembros de distintas edades) y en calidad de grupo colectivo tienen un pasado que excede al pasado individual de cada uno de sus miembros. Sencillamente: el nieto que convive con su abuelo sabe que éste fue nieto en un momento anterior y recibe a su través el bagaje de ideas e imágenes sobre ese pasado.

La conciencia de tal pasado común de grupo constituye un componente inevitable de su dinámica social, instituciones, sistema de valores, ceremonias y relaciones con el medio físico y otros grupos humanos circundantes. Dicha concepción del pasado comunitario, de la duración como grupo, es una pieza clave para su identificación, orientación y supervivencia en el contexto natural y cultural donde se haya emplazado. Y ello tanto en las sociedades estudiadas por los etnólogos como en las sociedades de la "postmodernidad": ninguna de ellas podría funcionar operativamente sin tener una concepción de su pasado y de la naturaleza de su relación previa con otros grupos humanos y el medio físico (17). Así, por pura auto- preservación, un pueblo pastor subsahariano necesita conocer su derecho a llevar sus rebaños a ciertos pastos y lagos y recordar el tipo de relación, amistosa u hostil, que mantiene con otros pueblos pastoriles que utilizan los mismos recursos. Y del mismo modo, el gobierno chino ha necesitado preservar la memoria histórica del Tratado de Nankín de 1842 para reivindicar con legitimidad y eventualmente obtener la devolución de la colonia de Hong Kong por parte del Reino Unido.

Podría aducirse legítimamente que esa necesidad social de contar con una concepción del pasado comunitario puede satisfacerse (y de hecho así se hace) con formas de conocimiento muy diversas: mitos de creación, leyendas de origen, genealogías fabulosas, doctrinas religiosas, etc. Ahora bien, como hemos visto, la concepción del pasado que ofrece la investigación histórica es de naturaleza radicalmente diversa: pretende ser verdadera y no ficticia o arbitraria, verificable materialmente y no improbable,

causalista e inmanente y no fruto del azar o de fuerzas inefables e insondables, racionalista y no ajena a toda lógica, crítica y no dogmática. En definitiva, si bien la historia científica no puede "predecir" ni proporcionar ejemplos de conducta infalibles, sí permite exponer los orígenes del presente e iluminar las circunstancias de su gestación, transformación y funcionamiento. Sencillamente, la experiencia histórica de una sociedad es su único referente positivo para construir y perfilar los planes y proyectos que se propone ejecutar, evitando así toda operación de salto en el vacío. Hay una demostración negativa de la radical necesidad del conocimiento histórico racional en nuestras sociedades presentes a pesar de su postmodernidad: ¿cabría imaginar un Ministerio de Asuntos Exteriores que no tuviera noción alguna del pasado histórico de su propio Estado y del de aquellos con los que tiene que relacionarse? ¿sería posible una élite gobernante que careciera de conciencia histórica y ejecutara sus proyectos políticos, económicos o sociales en el ámbito interno o exterior sin referencia o conocimiento alguno del pasado? Omíto extenderme sobre los riesgos mortales implícitos en tales contingencias. Basta recordar aquí, a modo de prueba de esa imposibilidad, que uno de los rasgos que caracteriza a los Estados contemporáneos (y que aumenta en importancia según su potencia) es el volumen, densidad y eficacia organizativa de sus archivos históricos y la cuantía y formación de los investigadores y analistas que trabajan en ellos.

Por consiguiente, parece evidente la practicidad social y cultural de las disciplinas históricas: contribuyen a la explicación de la génesis y estructura del presente, proporcionan un sentido de la identidad operativa de los individuos y grupos humanos y promueven la comprensión de las tradiciones y legados culturales que conforman las sociedades vigentes. Y al lado de esta practicidad positiva desempeñan una labor crítica fundamental respecto a otras formas de conocimiento humano: impiden que se hable sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación empírica, so pena de hacer pura metafísica pseudo-histórica o formulaciones arbitrarias e indemostrables. Sencillamente, la razón histórica pone límites críticos infranqueables a la credulidad y fantasía sobre el pasado.

No cabe duda de que hay prácticas historiográficas que incumplen esas funciones en virtud de su banalidad temática, su especialización atomizadora o su renuncia a establecer conexiones explicativas y causales entre aspectos de la realidad histórica. Serían, por ejemplo, aquéllas que concediesen igual importancia para la dinámica de una sociedad al cambio de sus gustos culinarios y a la transformación de su sistema político por una revolución interna o un desplome militar, con el agravante de considerar aquél como autónomo en su evolución. Serían aquéllas que considerasen tan importante y significativo

saber quién y cómo venció en la Segunda Guerra Mundial y quién y cómo triunfó en la liga de fútbol de un determinado país en 1940, con independencia de que ambos resultados de las investigaciones pertinentes fueran conocimientos históricos. Por fortuna, todo parece indicar que la propia dinámica social (y gremial) establece de facto una diferencia entre prácticas más o menos serias, críticas y trascendentes, entre unas historias mejores, peores y regulares. La historia "postmoderna" que "resucita" curiosidades de la experiencia humana pretérita para mostrar su infinita variedad y, a la postre, su eterna recurrencia, no ha generado el interés y las convulsiones socio-políticas que sí han propiciado otras investigaciones históricas más canónicas en su temática, métodos y alcance.

El caso más significativo de esta vitalidad funcional de la "buena" historia académica y su eco social lo ha proporcionado la reciente Historikerstreit (la querrela de los historiadores) en la República Federal de Alemania (18). La polémica se inició en junio de 1986 con un artículo periodístico del historiador conservador Ernst Nolte ("Un pasado que no quiere pasar") en el que abogaba por la relativización del Holocausto de judíos por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. A su juicio, el asesinato industrial de seis millones de judíos por el Tercer Reich habría perdido su singularidad histórica a la vista de las matanzas que habían ocurrido con posterioridad y particularmente de los asesinatos masivos practicados por los bolcheviques durante la colectivización. La réplica provino del filósofo Jürgen Habermas, que acusó a Nolte y otros historiadores conservadores de tratar de expiar los crímenes nazis y hacer una apología encubierta del Tercer Reich y la historia alemana contemporánea. Seguidamente, y hasta enero de 1987, todos los grandes historiadores germano-occidentales entraron en un debate que captó la atención de la opinión pública y los poderes políticos: los conservadores (Hillgruber, Hildebrand, Schulze) para oponerse a Habermas; los liberales y socialdemócratas (Wehler, Kocka, Mommsen) en diverso grado de apoyo a sus tesis.

En esencia, la querrela era mucho más que un debate historiográfico en el sentido profesional, y por ello concitó el interés general de la población alemana y de amplios sectores cultivados del continente. Se trataba ante todo de interpretar el conjunto del fenómeno nazi y definir la actitud pública y política de los alemanes contemporáneos ante ese período de su historia. O bien el nazismo estaba en relación y continuidad con estructuras profundas de la historia alemana precedente (autoritarismo del sistema político prenazi, mentalidad antidemocrática de sus élites dirigentes, nacionalismo exacerbado y planes expansionistas de grupos influyentes militares y económicos), o bien los años 1933-1945 eran un período

sui generis cuyos referentes eran internos: las obsesiones ideológicas de Hitler y su antisemitismo como rasgo definitorio clave del nazismo. Esta reducción del fenómeno nazi al antisemitismo permitía interpretarlo como un terrible estallido de irracionalismo manipulado por un grupo de ideólogos fanáticos, eliminando la cuestión de la responsabilidad general alemana: el Tercer Reich aparecía así como "un régimen arbitrariamente impuesto al pueblo alemán y explicable por la capacidad demoníaca de seducción que poseía Hitler y por el éxito con el que supo manejar a las masas atomizadas". Frente a esta lectura conservadora, los historiadores liberal/socialdemócratas subrayaban los elementos de continuidad entre el Tercer Reich y la Alemania precedente, el error de pretender arrancar el nazismo de la crisis económica de 1929 y la colaboración de la burocracia civil y militar y de las derechas políticas en el acceso de Hitler al poder. Como es evidente, de ambas interpretaciones históricas se derivaban distintas formas de entender la relación de los ciudadanos alemanes con su atormentado pasado, con toda la carga política y cultural que ello tenía y tiene en la República Federal ahora unificada: ¿es posible un patriotismo alemán sano que elimine el campo de exterminio de Auschwitz de su conciencia o es necesario integrar en él a Auschwitz como un elemento clave de su identidad social?

Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que la "querrela de los historiadores" alemanes demostró hasta qué punto estaba viva y activa la función social de la historia y sus profesionales en la sociedad industrial avanzada y postmoderna. Y a la vista de los síntomas ominosos que hay en el presente escenario europeo e internacional, con el renacer del nacionalismo excluyente y el racismo virulento, parece tanto más necesario que se afirme en público la vigencia de la racionalidad histórica y su imprescindible funcionalidad social y ética para nuestros tiempos y sociedades. El ejercicio de la razón, por imperfecta y limitada que sea, es preferible a su dormición y su sueño. Aunque meramente sea porque éste, ya lo sabemos, no sólo produce ficción y goce estético sino también monstruos. La vigilia racionalista de la práctica histórica implantada académica y socialmente tal vez constituye uno de los obstáculos que se oponen a nuevas reediciones del monstruo de Auschwitz en diversas partes del mundo. Y por eso mismo no debe permitirse, sin resistencia argumentada y pasional, su abandono por quienes tienen el deber profesional de ejercerla.

NOTAS.

1. "The revival of narrative: reflections on a new old history", Past and Present, nº 85, November 1979. Reeditado en la colección de ensayos del autor The Past and the Present, London, Routledge & Kegan Paul, 1981, pp. 74-96. Una revisión más actualizada y penetrante de estas dinámicas en Raphael Lutz, La ciencia histórica en la era de los extremos, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012.
2. François Dosse, La historia en migajas. De Annales a la nueva historia, Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1988, p. 51. Lynn Hunt, "French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the Annales Paradigm", Journal of Contemporary History, vol. 21, 1986, pp. 209-224.
3. J. Le Goff y P. Nora (directores), Hacer la historia, Barcelona, Laia, 1980, vol. I, pp. 7 y 8. F. Dosse, La historia en migajas, p. 189. J. Gardiner (ed.), What is History Today?, London, Macmillan, 1988, p. 1. Conviene cotejar esos trabajos con los análisis más recientes de Serge Gruzinski, ¿Para qué sirve la Historia? Madrid, Alianza, 2018; y Jo Guldi y David Armitage, Manifiesto por la historia, Madrid, Alianza, 2016- .
4. Gertrude Himmelfarb, The New History and the Old, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1987, pp. 10 y 37-40. La última cita recogida por Himmelfarb procede de Warren I. Susman, Culture as History: The Transformation of American Society in the Twentieth Century, New York, 1985.
5. Los comentarios de Cannadine se refieren al volumen IV de la Historia de la vida privada editada por Michelle Perrot (París, Editions du Seuil, 1987), dedicado al período 1789-1914. Forman parte de su reseña "Through the Keyhole", The New York Review of Books, 21 Noviembre 1991, pp. 34-38. La definición de Darnton se recoge en Karin J. MacHardy, "Crisis in History, or: Hermes Unbounded", Storia della Storiografia (Milán), nº 17, 1990, pp. 5-27 (10 para la cita). Útiles consideraciones sobre estos cambios y sus consecuencias en José Enrique Ruiz Doménech, El reto del historiador, Barcelona, Península, 2006.
6. J. Derrida, La desconstrucción en las fronteras de la filosofía, Barcelona, Paidós, 1989, con introducción de Patricio Peñalver. David Hoy, "Jacques Derrida", en Quentin Skinner (ed.), El retorno

de la Gran Teoría, Madrid, Alianza, 1988, pp. 48-69. Sobre el impacto derridiano en la historia intelectual véanse: Dominick LaCapra, "Rethinking Intellectual History and Reading Texts", y E. M. Henning, "Archaeology, Deconstruction and Intellectual History", ambos en D. LaCapra y S.L. Kaplan, Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives, Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 47-85 y 153-196. Véase un claro ejemplo de deconstrucción en "Ulises gramófono: El oui-dire de Joyce", en J. Derrida et al., Teoría literaria y deconstrucción, Madrid, Arco-Libros, 1990, pp. 81-134.

7. Fernando Savater, "El pensamiento negativo: del vacío a los mitos", en M. A. Quintanilla (dir.), Diccionario de filosofía contemporánea, Salamanca, Sígueme, 1979, pp. 334-346. Gianni Vattimo y P.A. Rovatti (eds.), El pensamiento débil, Madrid, Cátedra, 1983, p. 15. G. Vattimo, El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura contemporánea, Barcelona, Gedisa, 1986, p. 19 (subrayado nuestro). Un reciente repaso a todas las tendencias que pueden acogerse bajo el paraguas de "postmodernismo" en Paul Boghossian, El miedo al conocimiento. Contra el relativismo y el constructivismo, Madrid, Alianza, 2009.

8. Las dos citas de Vattimo se recogen de su obra, La sociedad transparente, Barcelona, Paidós, 1989, pp. 76 y 108.

9. Buena prueba del impacto en los años noventa de esas tendencias fue el artículo de Antonio Morales Moya haciendo repaso al estado de la historiografía contemporaneista: "Historia y postmodernidad", (Ayer n° 6, 1992, pp. 15-38). Un buen antídoto contra esas pulsiones pudiera ser la lectura de John Lukacs, El futuro de la historia, Madrid, Turner, 2011; David Lowenthal, El pasado es un país extraño, Madrid, Akal, 2011; de Keith Jenkins, Repensar la Historia, Madrid, Siglo XXI, 2009.

10. Para apreciar la reacción que ha levantado el experimento lúdico-histórico de Schama, véase la reseña crítica de Gordon S. Wood, "Novel History", The New York Review of Books, 27 junio 1991, pp. 12-16. Ya en el prefacio y partes de Citizens, Schama exteriorizaba sus dudas sobre las convenciones tradicionales de la historiografía. Cfr. la traducción española: Ciudadanos, Madrid, J. Vergara, 1990, pp. 15-22 y 28. Desde aquellas primeras incursiones a la actualidad, no ha dejado de crecer este tipo de experimentaciones bajo el supuesto de que "hay muchas verdades" y todas son relativamente iguales o desiguales. No hace falta mencionar ejemplos porque sobreabundan, si acaso se permite este juicio.

11. Sobre esta conexión íntima entre prácticas artesano-tecnológicas y las ciencias véase la obra clásica de John D. Bernal, Historia social de la ciencia, Barcelona, Península, 1967, 2 vols. En igual sentido, pero más recientes: Stephen F. Mason, Historia de las ciencias, Madrid, Alianza, 1984-1986, 5 vols. y Alberto Elena y Javier Ordóñez, Historia de la ciencia, Madrid, Universidad Autónoma, 1988,

2 vols. Como reciente actualización complementaria, véase John Ziman, ¿Qué es la ciencia?, Madrid, CUP, 2003.

12. La exposición que sigue sobre la naturaleza de las ciencias se apoya esencialmente en las obras del profesor Gustavo Bueno: Idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial, Santander, U.I.M.P., 1976; y El papel de la filosofía en el conjunto del saber, Madrid, Ciencia Nueva, 1970. Véase también: David Alvargonzález, Ciencia y materialismo cultural, Madrid, U.N.E.D., 1989; y Rodolfo Mondolfo, Verum Factum. Desde antes de Vico hasta Marx, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

13. Véase sobre estos aspectos las reflexiones de Mario Bunge en La investigación científica. Su estrategia y su filosofía, Barcelona, Ariel, 1985, especialmente pp. 319-327. Cfr. también el debate de varios físicos y epistemólogos sobre causa y determinismo recogido en la obra colectiva, Las teorías de la causalidad, Salamanca, Sígueme, 1977.

14. Gustavo Bueno, "Gnoseología de las ciencias humanas", en Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias, Oviedo, Pentalfa, 1982, pp. 315-337; y "En torno al concepto de Ciencias Humanas", El Basilisco, nº 2, 1978, pp.12-46.

15. G. Bueno, "Reliquias y relatos. Construcción del concepto de historia fenoménica", El Basilisco, nº 1, 1978, pp. 5-16. Carmen González del Tejo, La presencia del pasado. Introducción a la filosofía de la historia de Collingwood, Oviedo, Pentalfa, 1990. Cfr. las voces "Past" y "History" en Harry Ritter, Dictionary of Concepts in History, New York, Greenwood Press, 1986. Cabe añadir aquí el certero trabajo de Paul Herman, La llamada del pasado. Claves de la teoría de la Historia, Zaragoza, Institución Cultural Fernando el Católico, 2016; así como las útiles recomendaciones de Antoine Prost, Doce lecciones sobre la Historia, Madrid, Cátedra, 2011.

16. Véase el capítulo sobre Petrarca y la aparición del sentido de perspectiva histórica en el Renacimiento en Donald R. Kelley, Versions of History. From Antiquity to the Enlightenment, New Haven, Yale University Press, 1991, pp. 218-236 (la cita en p. 233-234). Sobre el mismo asunto: Peter Burke, The Renaissance Sense of the Past, Londres, Edward Arnold, 1969, pp. 50-54; Denis Hay, Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Century, Londres, Methuen, 1977; John Burrow, Historia de las historias. De Heródoto al siglo XX, Barcelona, Crítica, 2008.

17. De esta necesidad operativa de contar con una conciencia histórica hay buenas pruebas en la obra editada por Robert Layton, Who Needs the Past? Indigenous Values and Archaeology, Londres, Unwin

Hyman, 1989. También son muy instructivas las obras de Marc Ferro, Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde ancien, París, Payot, 1981; Enzo Traverso, El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria y política, Madrid, Marcial Pons, 2007; y Margaret MacMillan, Juegos peligrosos. Usos y abusos de la Historia, Barcelona, Ariel, 2010.

18. Charles S. Maier, The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity, Cambridge, Harvard University Press, 1988. Geoff Eley, "Nazism, Politics and the Image of the Past: Thoughts on the West German Historikerstreit", Past and Present, nº 121, 1988, pp. 171-208. Hinnerk Bruhns, "El inaccesible pasado alemán", El correo de la Unesco, abril 1990, pp. 4-9. Véase también la reseña de Imanuel Geiss a la obra de Maier, Bulletin. German Historical Institute (Londres), vol. XIII, nº 2, 1991, pp. 33-38.